

para la izquierda. Sería rebajarlo con la más torpe incomprensión o malevolencia. Hay en él algo muy distinto. Es la visión, sin los esperados ropajes, sombría, amarga y dura, de lo que ha sido una buena parte de la lucha revolucionaria en Chile, y sobre todo, una de las pocas y más intensas visiones de los conflictos interiores que nos ha dado nuestra literatura. Plantea problemas, inquieta, descubre. Da una solución negativa, o indirecta; explica un fracaso por sus antecedentes psicológicos, y muestra una dura verdad. El ojo que ve es demasiado certero, demasiado sincero para engañarse o engañar. Si ve la verdad sin ilusiones, si renuncia a tenerlas, juzguemos solamente de la fuerza con que la expresa la intensidad de su experiencia.

Lamentemos, sí, aun a pesar de eso, que cierre todo resquicio a la esperanza, y que no haya visto otra grandeza que la de una resignada desesperación.—OSCAR VERA.



EL VALLE DEL SOL, por *Dyómedes de Pereyra*.—Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1935.

Con la publicación de esta novela, que su autor subtitula «La novela de la naturaleza», la literatura indoamericana se enriquece con un libro de positivos merecimientos. «El Valle del Sol» pertenece a la misma familia de *La Vorágine*, de Doña Bárbara, de *Don Segundo Sombra*, de *Raza de Bronce*, etc., pues se da en ella una visión auténtica de este Continente, cuya literatura recién empieza a manifestarse con características propias, independizándose de la mera imitación de las viejas literaturas europeas. Dyómedes de Pereyra, de nacionalidad boliviana y que ha residido largo tiempo en los Estados Unidos de Norte América, penetra, en su relato, en las selvas infernales del *Matto-Grosso* (Brasil), viaja por regiones que aun no habían sido holladas por el hombre blanco, bajo un clima de fuego y asediado por insectos, reptiles e indios salvajes, logra, avanzar dificultosa

y penosamente por esos parajes hasta llegar al Valle del Sol, donde encuentra un pueblo descendiente de los antiguos incas.

A pesar de tratarse de una novela de escasa trama, logra interesar al lector en forma tal que una vez iniciada la lectura no se interrumpe hasta no finalizarla. La parte novelesca es mínima: dos ingenieros: Iglesias, español, y Alba, boliviano, deben realizar un viaje a la región del Madera por cuenta de la «All Ores Corporation», la cual ha sido informada por un alemán de tortuosa índole de que en esa región existen yacimientos auríferos de cuantiosa valía. Guiados por Timo, mulato, y por Tupi, indio puro, inician el viaje. He aquí, a nuestro juicio, lo verdaderamente novelesco: las numerosas peripecias que tienen que soportar, y de las cuales salen siempre airosos. Lluvias tropicales, pirañas, caimanes, mosquitos de picada mortífera, serpientes venenosas, ríos de corrientes arremolinadas, hombres salvajes, vegetación exuberante, todo ello desfila ante nosotros con la novedad y variedad de una cinta cinematográfica. Y como el autor no se extasia en la contemplación de la naturaleza pura para darnos en seguida una reproducción fotográfica de ella a la manera de algunos criollistas chilenos, nunca la visión de la selva se nos presenta fría como paisaje inmóvil, sin interés humano sino que siempre la vemos a través de los exploradores; a una nueva dificultad de éstos, corresponde un inédito aspecto de la naturaleza. Por eso mismo, seguramente, que el autor no deriva hacia el lirismo que podría surgir espontáneo de su espíritu en presencia de una naturaleza indómita, ni tampoco alcanza ese grandioso acento épico que encontramos en *La Vorágine*, donde la naturaleza aplasta al hombre ocultándolo casi.

En cuanto a la trama propiamente novelesca, es ella como una resurrección de esas hazañas del tiempo de la Conquista cuando los españoles se aventuraban por regiones absolutamente desconocidas en busca de oro, teniendo que habérselas con la naturaleza primitiva y con indios salvajes y de los cuales salían vencedores por el empeño tesonero de sus voluntades heroicas.

Como los antiguos conquistadores, Iglesias no solamente actuaba por el inmediato interés de alcanzar riquezas, sino que era guiado por un oscuro designio de su espíritu, que mantenía viva la fe en su alma y que lo llevaba a emprender las más dificultosas empresas. Iglesias, no obstante las penurias que tiene que padecer, permanece inalterable y firme, no así Alba y Timo, en quienes la fe decae pronto, tratando de regresar, hasta que Iglesias logra inyectarles algo de esa misma fe que le permitía soportar esperanzado los contratiempos. Y esta especie de misticismo que de ellos se apodera, le da a cada uno una individualidad bien diferenciada, en virtud de la cual ocupan un lugar aparte en medio de la frondosidad de la selva, sin identificarse con ella, viviendo en el recuerdo del lector con características propias e indistintas.

Aquella parte de la novela en que se relata la llegada al Valle del Sol y el encuentro con los descendientes de los incas y con la soñada riqueza aurífera, la encontramos un tanto truculenta, y a pesar de que los elementos históricos de la reconstrucción son de innegable sabor exótico, no logra interesarnos en la forma cómo nos retiene, la lucha que tienen que vencer los exploradores con los elementos y con los indios y, sobre todo, las descripciones de la naturaleza.

Hay en esta novela menos «literatura», tomando la palabra en su sentido peyorativo, que en *La Vorágine*; el estilo es más llano, su vocabulario corriente, sin esa frondosidad tropical de Ribera, cuyas frases caen a veces en lo enfático y oratorio. Creemos que de Pereyra ha escrito esta novela no por el afán de hacer «literatura», sino porque ha conocido las regiones donde ubica el relato novelesco, que son ellas verdaderas, o, al menos, logra darle un sello de verosimilitud que nosotros no podemos discutir. Ahora bien, si todo cuanto relata de Pereyra es producto de su imaginación, significa ello que su poder de creación es poderoso, y que debería seguir escribiendo novelas como ésta, a fin de alejarnos de la realidad inmediata y pasar momentos de solaz

comparables sólo a esos que experimentamos en la niñez cuando devorábamos libros de aventuras. Pero, según dice su prologuista, de Pereyra conoce la región descrita, de suerte que a su valor literario debemos agregar su información geográfica de primera mano.

No es una hipérbole, pues, decir que esta novela de Dyómedes de Pereyra pertenece a la misma familia de aquéllas que tratan de dar una visión auténtica de este Continente, virgen en muchas de sus regiones y casi virgen para la creación literaria autóctona.—MILTON ROSSEL.



NOCIONES DE ESTÉTICA, por *Carlos Lalo*, traducción de don Norberto Pinilla.—Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1935.

Norberto Pinilla es un activo amante de las letras, con una voluntad para alcanzar un nombre en nuestro ambiente literario que no conoce desmayo ni incompreensiones. Mediante un estilo original, salpimentado de neologismos rimbombantes, ha ido taladrando la indiferencia y la actitud socarrona con tesón arremetedor, hasta ubicarse en el lugar que él cree merecer. De espíritu proteico, varias son sus actividades intelectuales: profesor informado; crítico empeñoso, habiéndose apuntado más de algún acierto en tal actividad; pedagogo activo, sus novísimas especulaciones sobre la ciencia de la educación han detonado en nuestro pacato ambiente profesional, y, por último, asiduo concurrente a los círculos literarios, donde muchas veces su espíritu bondadoso es traicionado por la juvenil impetuosidad de su palabra. Y como si todo esto no bastara a su inquietud intelectual, ahora se nos presenta como traductor. En este nuevo aspecto de su polifacética personalidad, cabe también marcarle un acierto, pues ha vertido en forma correcta y fiel, en lengua cas-